

# LA ORACIÓN EN LA *AUTOBIOGRAFÍA* DE LA MADRE MARIANA DE SAN JOSÉ

Enrique A. EGUIARTE BENDÍMEZ,  
OAR

La presencia de nuestro Señor  
que traía desde este tiempo,  
era el modo de oración  
ordinario que tenía<sup>1</sup>

## I. Introducción

Al leer los escritos de la Madre Mariana de San José (1568-1638), fundadora de las agustinas recoletas, uno se queda admirado ante la talla humana y espiritual de su figura. A lo largo de las páginas de sus obras, la Madre Mariana despliega ante el lector un universo que no sólo lo traslada al siglo XVI-XVII de una manera suave y amena, sino que lo empapa de su propia experiencia espiritual, y si el lector está bien dispuesto, lo puede enardecer en el deseo de la santidad, o por lo menos de la búsqueda de Dios. Dentro de este universo vasto, abigarrado y sutil, son muchos los temas y los motivos que se presentan y que continuamente se entrelazan, para desaparecer e insinuarse posteriormente. De todo ello he dado fe en otros artículos sobre la Madre Mariana de San José<sup>2</sup>. En el presente estudio quisiera abordar el tema de la oración dentro de la *Autobiografía* de la Madre Mariana de San José.

Si bien es cierto que su figura adquiere un perfil extraordinario por muchas de las cualidades que tuvo esta religiosa agustino-recoleta, posiblemente entre todos estos elementos, el más destacado sea el de la oración. Es cierto que el tema se presta para escribir una larga disquisición, pues toda la obra de la Madre Mariana de San José está teñida de una fuerte espiritua-

---

<sup>1</sup>MARIANA DE SAN JOSÉ, *Autobiografía y escritos*, León, Federación de Agustinas Recoletas, 1993, p. 649. Como todas las citas de las obras de la Madre Mariana de San José están tomadas de esta edición, las referencias de las citas las haremos en el cuerpo del texto indicando únicamente el capítulo y el número de dicha obra.

<sup>2</sup>“Tan dentro del mismo centro’. La poética espiritual de la Madre Mariana de san José”, en *Mayéutica*, 30 (2004), 5-96; “Autobiografía de la Madre Mariana de San José. Una propuesta hermenéutica”, en *Recollectio* 27-28 (2004 - 2005) 113-146; “Madre Mariana de San José y su devoción a los ángeles en su autobiografía”, en *Recollectio* 31-32 (2009) 5-24.

lidad, destacando particularmente el ejercicio de la oración. Por ello he querido, en primer lugar, acotar el tema a tratar, centrándome exclusivamente en la *Autobiografía* de la Madre Mariana de San José. Por otra parte quisiera desarrollar y explicar algunos aspectos concretos de lo que es la oración para la Madre Mariana de San José, presentando en primer lugar sus primeros balbuceos espirituales; posteriormente haré la exposición de la importancia y la vinculación que existe entre la Pasión de Cristo y la oración para la Madre Mariana de San José. En tercera instancia hablaré de cómo entiende, en términos generales, lo que es la oración, para presentar, a continuación, las experiencias extraordinarias de oración y contemplación que la misma Madre Mariana nos relata en su *Autobiografía*. Posteriormente presentaré la importancia de la Virgen María en la oración, la intercesión de los santos, y terminaré el artículo con las imágenes que la misma Madre Mariana nos ofrece de sí misma con respecto a la oración dentro de la *Autobiografía*. Al final ofreceré unas conclusiones.

## II. Los primeros pasos

La *Autobiografía* de la Madre Mariana de San José, nos hace un hermoso retrato de su vida, desde su nacimiento e infancia, hasta la fundación del convento de Palencia (1610), en donde el relato se corta bruscamente, faltando una parte de dicha obra, pudiendo ser visibles en los manuscritos originales algunas partes quemadas, lo que nos lleva a sospechar que el final pereció, pasiva o activamente, víctima del fuego. A lo largo de las páginas de la *Autobiografía* —que recogen unos cuarenta años de la vida de la Madre Mariana—, se plasman los diversos momentos de su historia, así como los rasgos más sobresalientes de su personalidad y de su espiritualidad. De este modo, son abundantes las referencias a la oración. En sus primeros pasos en la oración, la Madre Mariana está tocada por el espíritu de su época, y recurre a los grandes autores espirituales que eran populares en su momento histórico, como son Francisco de Osuna y su *Tercer Abecedario Espiritual*<sup>3</sup> (VII, 24), Fray Luis de Granada y sus obras —sin que Madre Mariana mencione el nombre concreto de ninguna de ellas—, las cartas de san Jerónimo y de santa Catalina de Siena, y un libro de san Pedro de Alcántara<sup>4</sup> (II, 12). Éste último tiene un influjo particular, pues la misma Madre Mariana nos dice que en

<sup>3</sup> Fue publicado en Toledo en 1527 y ejerció un gran influjo en la piedad y espiritualidad del siglo XVI. Santa Teresa de Ávila confiesa haber tenido este libro por maestro (*Vida* 4, 7). Hay una edición de la BAC, (ed. de Saturnino López Santidrián. Colección Místicos franciscanos españoles II) Madrid, 1998. Otra edición en tres tomos es la de la Fundación Universitaria Española, Madrid, 2002.

<sup>4</sup> Es el *Tratado de la oración y la meditación*, aunque la Madre Mariana no lo mencione por nombre. Ha sido editado por: la editorial BAC (*Vida y escritos de san Pedro de Alcántara* [edición de Rafael Sanz Valdivieso. Colección Místicos franciscanos españoles I], Madrid, 1996; la editorial Rialp, Madrid, 1999.

sus primeros momentos en el monasterio de la Santa Cruz de Ciudad Rodrigo –antes de ser religiosa, cuando estaba bajo el cuidado de dos tías monjas–, lo llevaba siempre consigo y aprovechaba todos los momentos de sosiego y soledad para leer las meditaciones que san Pedro de Alcántara propone para los diversos días. Cabe destacar que las meditaciones, como lo señala la misma Madre Mariana, estaban centradas en la Pasión de Cristo, elemento esencial dentro de su espiritualidad. Ella lo narra con estas palabras también referidas a su experiencia en Ciudad Rodrigo, todavía sin ser religiosa:

(...) y el padre fray Pedro de Alcántara; éste, como era pequeño, traíale siempre conmigo, y en cualquiera parte que me hallaba sola leía en él, y el paso o misterio que en aquel día señala de la muerte y pasión de Cristo, Señor nuestro. Traíanme estas consideraciones harto ocupada y, como no podía entretenerme en otras cosas, con gusto (II, 12).

El efecto que tuvo este libro de san Pedro de Alcántara sobre el alma de Madre Mariana fue grande, pues le ejercitó en el recuerdo continuo de Dios, en la *memoria Dei*, y en la meditación y consideración continua de la pasión de Cristo, experimentando pena por los dolores de Cristo y despertándose en ella el deseo de la santidad, de servir a Dios con perfección, para corresponder al amor manifestado por Cristo en toda su vida, pero de manera especial en su pasión:

Con el libro que he dicho me volvió nuestro Señor, por su misericordia, aquella continua memoria suya, y un ejercicio ordinario de meditación en la pasión de Cristo nuestro Señor, con pena de sus dolores harto grande; dábame su Majestad deseos de servirle con perfección (II, 14).

Este ejercicio se va convirtiendo en una costumbre y en una necesidad, en donde Madre Mariana descubre, por una parte, que la oración es un don de Dios, que es preciso pedir y recibir con gratitud. Pero por otra parte la oración es un compromiso de quien recibe el don de Dios, para empeñar todo su ser y dejarse interpelar por el mismo Dios, llegando a experimentar una honda necesidad de orar y dedicando cada vez más tiempo e intensidad a la oración; una oración, como señala Madre Mariana de san José, en consonancia con la Iglesia y sus celebraciones, es decir una oración litúrgica, en donde se contemplan los misterios actualizados de Cristo. Así lo declara siendo ya profesora en el monasterio de la Santa Cruz de Ciudad Rodrigo:

Entre todo esto no me dejaba el Señor, ni yo podía sosegar sino con su Majestad: y así, la oración ni la dejaba ni podía, antes procuraba tener más. En las solemnidades de la Iglesia, de los santos, y festividades de Cristo Señor nuestro y su santísima Madre sentía gran consuelo, y me parecía que de verdad pasaban aquellos misterios entonces (XI, 8).

Sin embargo, como señalan los maestros espirituales, los comienzos en el camino de la oración suelen tener sus momentos de sequedad y de desier-

to. Lo mismo experimentó la Madre Mariana, según nos lo relata en su *Autobiografía* en la parte correspondiente a su permanencia todavía como seglar en el monasterio de la Santa Cruz de Ciudad Rodrigo con sus dos tías monjas. No obstante su asidero fue siempre la meditación de la Pasión de Cristo, pues los dolores y sufrimientos de Cristo no dejaban de despertar en ella admiración y devoción. Y junto con la sequedad, Madre Mariana experimentaba un segundo enemigo de la oración, que es la incertidumbre, el no saber si realmente estaba haciendo oración o simplemente estaba dejando pasar el tiempo, con la consiguiente tentación de abandonar la oración, al creer que estaba perdiendo el tiempo, y sin la experiencia para valorar los momentos de serenidad contemplativa y sosiego, de amoroso silencio y oración, buscando posiblemente en esas primeras etapas, meditar y sentir, más que contemplar, como señala con claridad la Madre Mariana:

Ya he dicho que siempre tenía la oración en la vida y muerte de Cristo, Señor nuestro, cuyos dolores y trabajos me traían en una continua admiración. Pasaba algunos días grandes sequedades, y como no tenía quien me guiase padecía mucho, y algunas veces me parecía gastaba el tiempo sin provecho; mas, como ya el Señor me tenía aficionada a meditar y considerar sus misericordias, no me hallaba sin esto, aunque se me pasaban hartas horas sin hallar quietud. Y muchas se me pasaban, otras veces, en un quieto y amoroso silencio, que, como yo no sabía lo que era, también me parecía perdía tiempo (IV, 7).

### III. La oración y la Pasión de Cristo

#### A. La noche del Jueves Santo

##### 1. EL HUERTO DE LOS OLIVOS

Y ya que la Pasión de Cristo es uno de los elementos esenciales dentro de la espiritualidad y la oración de Madre Mariana, ella misma nos describe la experiencia que tuvo de contemplar y dialogar con Cristo sobre los acontecimientos de la noche del Jueves Santo en el Huerto de los Olivos. Como señala la misma Madre Mariana, ella no había llegado a comprender del todo las palabras del evangelio que describen la escena del Huerto de los Olivos, en donde Cristo le pide al Padre que, si es posible, pase de él el cáliz del sufrimiento, de la humillación y de la muerte en la cruz (Mt 26, 39). Madre Mariana comenta que algunos interpretaban este pasaje diciendo que las palabras de Cristo eran debidas al temor natural ante la muerte y los sufrimientos, y que por eso le pedía al Padre verse libre de esos sufrimientos:

Una vez, entre otras, estando en la oración representándoseme Cristo nuestro Señor en el huerto, cuando dijo a su Padre: *Si possibile est transeat*, etc. (Mt 26, 39), no podía pasar de aquí: porque, siempre que consideraba estas palabras, no

se podía asegurar mi espíritu con la declaración que algunos dan de ellas, que es que las dijo Cristo por el temor sensible de la muerte y dolores corporales; y esta vez más que otras sentí esta contradicción, pareciéndome que su Majestad las había dicho con fines más profundos (VIII, 10).

Sin embargo, en la experiencia que tiene Madre Mariana, el mismo Cristo le señala que no fue el miedo natural lo que le hizo sufrir y sudar sangre en el Huerto de los Olivos, sino lo que le hacía padecer era la ingratitud de los hombres, que se olvidan de su sacrificio redentor y de sus méritos infinitos. Madre Mariana puede comprender el sentido real que tienen esas palabras, y por otra parte se queda impresionada ante la ingratitud de los hombres, y se vuelve más devota de la Santísima Virgen María y de los ángeles, pues siempre han sido agradecidos a Dios:

Aquí me dijo, con unas palabras muy distintas y claras: «Hija, no fue lo que me entristeció la muerte ni los dolores, ni por ellos pedí a mi Padre que pasase de mí aquel cáliz; sino el de la ingratitud de los hombres de lo mucho que por ellos había de padecer, y esto me hizo sudar sangre». Entendí que fue aquél el mayor dolor de Cristo nuestro bien, y de allí adelante entendí en este sentido estas palabras. Quedé con mucha mayor pena de mi ingratitud y de la de todos los hombres, y no podía hallar consuelo sino con la Virgen nuestra Señora y los ángeles, que ellos me parecía eran los que siempre habían sido agradecidos a este Señor, y así los comencé a tener por devotos (VIII, 10).

## 2. EL DESAMPARO DE LA PRISIÓN

Además de las consideraciones en torno al Huerto de los Olivos, dentro de la *Autobiografía* aparece el desamparo que experimentó Cristo esa misma noche del Jueves Santo después de haber sido prendido y llevado a casa del Sumo Sacerdote, donde pasó la noche en la más completa soledad. De este modo, Madre Mariana, estando en Medina del Campo una madrugada de agosto, recibió de Dios el don de poder contemplar el desamparo de Cristo, su soledad después de que los discípulos huyeron, y cómo se quedó solo en la prisión para pasar la noche del Jueves Santo al Viernes Santo. Madre Mariana siente una profunda pena por Cristo, quien se queda solo, olvidado de sus amigos y despreciado por sus enemigos. El recogimiento y la comunicación con Dios es tal en Madre Mariana, que esta visión de la soledad y desamparo sucede a las dos de la madrugada en agosto, como la misma Madre Mariana nos refiere. Todo ello pone de manifiesto la profunda unión contemplativa que ella tenía con Dios. Así describe su experiencia de madrugada:

Pasados estos días, no sé si fue en el mismo mes de agosto, me dio nuestro Señor a sentir y entender la gran soledad con que Cristo nuestro bien había padecido sus trabajos y tormentos, y cómo aun ojos que se compadeciesen de él no tuvo en toda la noche de su Pasión; esto se me representó con mucha fuerza, y cómo

le habían dejado solo aquella noche en la prisión, por un poco de tiempo que los ministros se fueron a descansar, después de haberle azotado la primera vez. Fue muy grande el sentimiento que me dio de verle tan despreciado de sus enemigos y olvidado de sus amigos (XIX, 11).

Después de contemplar a Cristo en ese total desamparo y experimentar pena y dolor por el Redentor, el mismo Cristo le pregunta a Madre Mariana si ella estaría dispuesta a verse en la misma situación de soledad y desamparo por él, dándole a la vez a sentir el mismo desamparo y soledad, como un anticipo de todas las dificultades que habrían de venir en el futuro en la vida de Madre Mariana, viviéndolas ella en una completa soledad, sin nadie a quien volver los ojos fuera del Señor. La experiencia y la contemplación del desamparo de Cristo causaron una pena tan honda en el corazón de Madre Mariana, que ella permaneció durante largo tiempo con el corazón encogido y cercado por la pena:

(...) díjome que si tendría yo ánimo de verme así por él, y diómelo a sentir como si ya lo pasara, con un desamparo interior tan grande que parecía[n] desamparar al alma sus potencias: sólo quedaba un sentimiento y pena que parecía consumirme. Díjome el Señor que así me vería, sin tener a quién volver los ojos. Crecía la pena mucho, mirando a Cristo nuestro Señor experimentando el desamparo y soledad, como he dicho. Esto fue una noche a las dos de la mañana; paréceme estuve todo aquel día llevada de aquella pena y desamparo (XIX, 11).

Este mismo Cristo desamparado y perseguido se le había ya aparecido a Madre Mariana casi a los inicios de la fundación de Medina del Campo, como ella misma señala, antes de que se pusiera incluso el Santísimo en la capilla. Y estando en la celebración de la misa, antes de que recibiera la comunión, Madre Mariana puede contemplar una vez más la figura corporal de Cristo, quien venía huyendo de los muchos que le perseguían y pidiendo asilo en el corazón de la Madre Mariana, haciéndole la aclaración de lo que implica acogerle a él, pues quien lo acoge a él debe aceptar juntamente con su persona, sus tribulaciones, persecuciones y sufrimientos. Como señala Madre Mariana, ella al acoger a Cristo en su corazón, comenzó a experimentar dentro de sí misma unas grandes congojas y penas, entendiendo una de las paradojas no sólo de la vida cristiana, sino particularmente de la vida mística: que puedan convivir y aparecer unidos el gozo y el dolor, la alegría y el sufrimiento:

Dos o tres días antes que se pusiese el Santísimo Sacramento, esperando una mañana que me diesen a nuestro Señor, se me representó muy de presto Cristo, nuestro bien, en forma corporal, como andaba en el mundo; parecióme que venía como persona a quien seguían muchos para prenderle. Díjome que si le quería acoger en mi corazón, porque todos los del mundo le perseguían y echaban de sus almas; mas, que si le daba entrada, que había también de admitir sus

trabajos y espinas, y que me había de abrazar con ellas. Luego sentí una pena interior grande, y entendí cómo podía haber gozo y pena junto, y ambas cosas en muy subido grado; y entendí cómo había en Cristo, nuestro bien, estos dos contrarios, padeciendo y gozando por todo el discurso de su santísima vida<sup>5</sup> (XIX, 1).

Esta visión de Cristo perseguido y desamparado suscita en el interior de Madre Mariana una serie de sentimientos y de deseos. En primer lugar, la ternura de ver a Cristo desamparado y pidiéndole poder vivir dentro de su propio corazón. En segundo lugar la pena por la ceguera de los hombres, que olvidan a Dios y a Cristo, yendo detrás de vanidades y de cosas superficiales.

Además siente la impotencia de no poder hacer nada para que Cristo sea más conocido y amado, y expresa el mismo deseo de san Francisco Javier, a quien menciona explícitamente después por esto<sup>6</sup>, de ir por el mundo dando voces invitando a todos a amar a Cristo, deseando vivir mil vidas para poder anunciar su nombre a todos los hombres. El último sentimiento que visita el corazón de Madre Mariana en esta visión de Cristo es la gratitud, por la que ella derrama abundantes lágrimas. Se manifiesta pues la fuerza de su amor hacia Cristo y su deseo de que todos los hombres lo conozcan y lo amen:

Hízome gran ternura ver a este Señor otra vez fugitivo, por estar los del mundo tan ciegos con sus pecados y vanidades; dábame esto gran pena, y no poder yo nada para que este Señor fuese conocido y servido. Era mucho el dolor que por esto sentía, y quisiera poder ir por el mundo dando voces para que se convirtiesen a él, y tener muchas vidas que dar por su servicio; mas, ya que no podía más, comencé a deshacerme en lágrimas de agradecimiento de que el Señor quisiese mi alma para morada, y con un entrañable agradecimiento de esta misericordia supliqué que la santificase y habitase en ella para siempre (XIX, 1).

## ***B. Los acontecimientos del Viernes Santo***

### **1. AL PIE DE LA CRUZ ERA ADONDE SIEMPRE ME HALLABA BIEN**

Ya en sus primeros pasos de oración, Madre Mariana medita en la Pasión de Cristo teniendo un gran aprecio por ella y por el santísimo sacramento del altar. Así pues en los trabajos padecidos por Cristo en su Pasión es

<sup>5</sup> *Luego... vida*: toda esta frase fue añadida por la misma madre Mariana en nota marginal.

<sup>6</sup> Cf. XIV, 24: "Quisiera yo poder siquiera irme por las calles, haciendo lo que hacía el glorioso san Francisco (paréceme deajo dicho algo de esto)".

donde ella hallaba el motivo para su contemplación, acostumbrándose a realizar este ejercicio con una gran frecuencia, de tal forma que continuamente lo tenía en su mente y como ella misma lo señala en estos primeros pasos de su caminar espiritual, no sabía ni discurrir, ni meditar, por lo que se quedaba sólo contemplando los diversos momentos de la Pasión del Señor, sabiendo que no se hallaba mal junto a la cruz del Señor:

Yendo, pues, caminando con la vida que he dicho que tenía, comenzó el Señor a darme aprecio de la muerte y pasión de Cristo, Señor nuestro, y del beneficio grande del Santo Sacramento del altar; a esto se comenzó mi alma a aficionar, y a traer tan de ordinario presente a Cristo, Señor nuestro, que en todo lugar le acompañaba en sus trabajos, que era en lo que siempre tenía la oración. No sabía discurrir, ni sabía más de estarme mirando lo que por mí padecía. Al pie de la cruz era adonde siempre me hallaba bien (IV, 1).

## 2. LA ORACIÓN CON EL CRUCIFIJO

La Madre Mariana tenía la costumbre de hacer oración contemplando un crucifijo como ella misma lo declara. Cuando nadie la veía y podía estar sosegada, se recogía en oración contemplando ese crucifijo, considerando los padecimientos de Cristo por la redención de los hombres. De este modo, una noche a las doce, estando en Medina del Campo, teniendo que irse a acostar pues no podía permanecer más tiempo sin hacerlo, tomó el crucifijo que le servía para hacer oración y se puso a contemplarlo como era su costumbre. Y he aquí cómo en ese momento de oración y de contemplación, puede escuchar la voz del Padre que le entrega al Hijo Jesucristo como compañero y maestro de vida y de oración:

(...) yéndome un día a acostar me puse en oración, y comenzándome a recoger dio las doce, y no tenía licencia para dejar de acostarme en dándolas; con esto lo hice, y después de acostada tomé un crucifijo que traía conmigo, con el cual, teniéndole en la mano, tenía oración cuando no me veía nadie.

16. Pues, como digo, teniéndole en la mano y hallándome recogida, oí que me decía nuestro Señor: «A éste, que es mi Hijo, te doy por maestro y compañero en tus trabajos por todo el discurso de tu vida» (...) (XIX, 15-16).

Los efectos de esta experiencia fueron tan fuertes, que Madre Mariana se quedó con una sensación profunda de la presencia de Cristo en su alma, así como el agradecimiento de este gran don y la sensación de un fuego abrasador, el fuego del amor de Dios que hace arder espiritualmente su interior, y que casi le hace perder la misma vida por la vehemencia de esta experiencia:

Fueron estas palabras como un silbo dulcísimo, aunque causaron en mi alma un efecto tan eficaz de la presencia de nuestro Señor y de aprecio de aquel don y dádiva infinita, que, arrebatada de un fuego ardentísimo, parecía abrasarme



y que el corazón ardía, de manera que con aquel toque divino sentía irseme acabando la vida con muestras conocidas (...) (XIX, 17).

Es interesante señalar que esta experiencia mística de la Madre Mariana no la convierte en una solitaria, ni en una persona huraña. Ella misma percibe los frutos de esta vivencia no sólo en el aumento de las virtudes teológicas en su interior y en la certeza de que nadie la podrá apartar del amor de Dios, sino también en la caridad y disponibilidad para sus hermanas, elemento esencial de la verdadera experiencia de Dios, que no termina en la persona que la ha vivido, sino que se prolonga y comunica a los demás:

(...) Duróme esto mucho rato; y al cabo, quitando de las manos el crucifijo, comenzó a aplacarse este modo de sentimiento, dejándome con unos afectos puros de agradecimiento y amor con Cristo nuestro Señor, y un respecto<sup>7</sup> grande a su divina persona y a la dádiva que en él se me había dado, con un lleno y satisfacción de esta prenda y de que con ella no tenía que temer nada, y una seguridad de que nadie me quitaría aquel bien, que no podía dudar. Quedáronme más crecidas las virtudes: la de la caridad con los prójimos y desprecio de mí, muy grande; un encendido amor para con nuestro Señor, que no sé si después le sentí nunca apagado, hasta que su Majestad me trocó el modo (XIX, 18).

### 3. LAS EXPERIENCIAS MÍSTICAS DE LA SANGRE DE CRISTO

Una vez que Madre Mariana de San José ha superado las primeras etapas de la oración, comienza una ascensión hacia Dios que cada vez la va llevando más alto y más cerca del mismo Señor. De este modo, siendo ya religiosa y fundadora de conventos recoletos, tiene durante la Semana Santa una primera experiencia mística con relación a la sangre de Cristo, experiencia que, como señala la misma Madre Mariana, se repetirá en más de una ocasión. Si bien es cierto que Madre Mariana nos comenta que la Semana Santa era uno de sus tiempos favoritos del año porque de una manera especial se meditaba con mayor énfasis en los misterios de la pasión y muerte de Cristo, Dios le concedía también la gracia de participar muy vivamente de estos mismos misterios y de poder experimentar sensiblemente el bañarse en el mar dulce de la sangre de Cristo que ella misma podía sentir como caliente

Las semanas santas era todo mi consuelo. Dábame el Señor una muy viva representación de aquellos misterios. No sé si fue más de un año que en aquellos días, en entrando en el coro, me parecía corría en abundancia la sangre de Cristo nuestro bien, y que la iglesia y coro estaba llena de ella y yo me bañaba en aquel dulcísimo mar, y algunas veces sensiblemente la sentía caliente (XI, 9).

Esta experiencia de la sangre de Cristo se dará de una manera más viva en Éibar, en donde mientras rezaba el rosario, pudo contemplar a Cristo

<sup>7</sup> = *respeto. Miramiento, veneración, acatamiento...* (Diccionario de Autoridades).

crucificado a su lado, quien desclavando la mano derecha la abrazaba amorosamente y la invitaba a beber del mar de su costado. Madre Mariana nos señala en su *Autobiografía* por una parte, la cercanía y familiaridad que Cristo tiene con ella, y por otra parte, la experiencia de beber del mismo costado de Cristo su sangre, que manaba con tanta abundancia y fuego, que Madre Mariana lo llega a comparar con una olla que está puesta sobre un fuego fuerte:

Pues, como digo, luego que tomé el rosario para rezar vocalmente, me pareció que veía junto a mí a Cristo nuestro Señor crucificado con gran blancor y hermosura, y, como riéndose de mí y de las congojas que traía, me parecía desclavarsele la mano derecha y con ella abrazarme; tomándome la cabeza me llegaba a la santísima y dulce y amorosa llaga de su divino costado, y con aquella risa y alegría que he dicho me decía: «Ea, acaba ya y llégate a beber del infinito mar de mi sangre»; la cual sentía yo tan caliente que hasta todo el rostro me abrazaba cuando bebía de este divino licor, el cual salía con tanta abundancia y fuego como cuando está una gran olla hirviendo en una fuerte y ardiente lumbre (XIV, 11).

Llama la atención, como decíamos antes, la familiaridad y cercanía con la que Cristo trata a la Madre Mariana, y por otra parte tanto las mismas palabras de Cristo que habla del infinito mar de su sangre, así como las imágenes que utiliza la Madre Mariana para describir su propia experiencia de Dios, en donde predomina el amor, la familiaridad, pero también el fuego y la infinitud, expresiones todas ellas comunes a los grandes místicos.

#### 4. “¿QUIERES PADECER CONMIGO?”. EXPERIENCIA MÍSTICA MIENTRAS HACE LABOR

Estando un día en Medina del Campo haciendo labor, como nos cuenta la Madre Mariana, ella empezó a sentir un recogimiento muy especial, mayor del que ella solía tener. Y en ese recogimiento interior pudo escuchar la voz de Cristo preguntándole si quería padecer con él. Ella se llenó de gozo, pues verdaderamente lo quería, y sin hablar, en ese mismo recogimiento interior, le responde al Señor que le entrega el alma y la vida para padecer y sufrir lo que el Señor tenga dispuesto, siempre y cuando no le falte la misma fuerza de Dios, expresando con estas palabras la viva consciencia que Madre Mariana tenía de que quien nos capacita para afrontar los males que nos aquejan y superar todas las tribulaciones y vicisitudes es el mismo Dios:

Una vez me acuerdo que, estando haciendo labor, me comencé a sentir más recogida que lo ordinario, y con un quieto y amoroso recuerdo de la presencia de nuestro Señor oí que me decía, con palabras muy tiernas, si quería padecer con él; y con un súbito gozo reverencial se estremeció mi alma, y sensiblemente mi corazón, de ver que el Señor me preguntase si quería lo que yo, indigna y miserable, no merecía; mas, sin ruido de palabras, respondí entregándole mi alma y vida para todos los tormentos que su Majestad gustase que yo padeciese, con

todas las afrentas y desprecios que se podían imaginar y trazar, segura de que con su fortaleza saldría bien de todo (XXII, 5-6).

Esta experiencia del amor de Dios es tan grande y había llenado de tal manera el alma de la Madre Mariana, que ella ya no pudo seguir haciendo labor y tuvo que interrumpirla, por la sobreabundancia de gozo que llenaba su alma. Se da asimismo el fenómeno de que juntamente con la experiencia del gozo y de la gloria de Dios, sus propias fuerzas flaquean y desfallecen, despertando en su interior un vivo sentimiento de agradecimiento a Dios, quien a pesar de la pequeñez del ser humano, lo llena de sus bendiciones y lo trata como a un hijo:

Fue muy grande la misericordia que me hizo aquí su Majestad, y las mercedes que recibí de su divina mano. Acuérdome que no pude hacer más labor por toda aquella tarde, porque el gozo interior me recogió de manera que no estaba para nada. Paréceme que desde entonces comencé a sentir, con la gloria de su divina presencia, enflaquecerse el natural con el exceso de gozo, y veía la bondad de nuestro Señor y el amor que muestra y tiene a sus criaturas, ¡y siéndole yo tan ingrata y desleal! ¡Bendito sea, que no sólo me ha sufrido y perdonado, mas no contento con esto gusta de tratarme como a hija! (XXII, 5-6).

Y estos padecimientos y sufrimientos a los que le pedía que se uniera la Madre Mariana no tardaron en llegar. Serán muchas las tribulaciones que tenga que padecer en el monasterio de Medina del Campo, sobre todo con una religiosa que había venido de Burgos, que le causó graves problemas, no sólo dentro del monasterio sino también con las personas de fuera. Por todo esto, la Madre Mariana se encontraba hondamente atribulada y abatida. De este modo, subió a orar a solas a su celda, pero por el abatimiento, no pudo ponerse ni de rodillas, ni sentarse, por lo que se postró para orar. Estando postrada tuvo la experiencia de quedarse como dormida y escuchar la voz de Cristo que la consolaba y la animaba. De esta experiencia, Madre Mariana sacó fuerzas y deseos de seguir padeciendo más por Cristo:

Estaba tal que no pude tenerme de rodillas ni sentada, y así me arrojé en el suelo, dejada en las manos de este Señor, para que de mí hiciese lo que quisiese. Diome al punto una manera de sueño, en el cual sentí junto a mí a una persona que me parecía era Cristo nuestro Señor, que me decía, llegándose muy junto a mí, y con una voz dulcísima y muy sonora: Entre los principales y ancianos y letrados del pueblo fui yo despreciado, y ellos me condenaron a muerte de cruz<sup>8</sup>, con otras palabras que no me acuerdo bien, mas de que eran de consolarme y animarme a padecer más. Al punto me levanté, con gran aliento y fortaleza para todo lo que su Majestad ordenase de mí; aunque, como nuestro Señor me traía con tan gran ansia de padecer, no podían ser trabajos los que pasaba, y para otra tampoco lo fueran (XXIII, 45).

<sup>8</sup> Cf. Mt 16, 21.

## 5. UNA JACULATORIA FAVORITA DE MADRE MARIANA

En estas tribulaciones que la Madre Mariana padeció en Medina del Campo y posteriormente a lo largo de su vida, ella misma nos confiesa cuál era la jaculatoria, el texto que ella muchas veces meditaba y repetía para llenar su alma de fortaleza ante la tribulación y que ninguna circunstancia le pudiera robar la paz y la serenidad de Dios, sabiendo que todo proviene de la mano generosa del Señor, cuya gracia gratuita no se da en virtud de nuestros méritos, sino de la misma justicia de Dios. El texto que le sirve de jaculatoria a Madre Mariana es el de Rom 8, 35, “¿quién nos separará del amor de Cristo?”:

Muchas veces decía aquellas palabras de san Pablo: *¿Quis separabit, etc.*<sup>9</sup>, con un lleno en el alma -como creo dejo dicho- tan grande, que toda me parecía andaba envestida<sup>10</sup> en un espíritu de fortaleza con que pasaba la vida gloriosamente, sin que nada pudiese ahogarme los bienes de que gozaba, que eran llenos de toda satisfacción. Paréceme a mí tenía entonces el Señor conjuradas a todas las criaturas para que ninguna pudiese alterar la tranquilidad de que gozaba esta alma, a quien todo se le daba más de balde que a otra ninguna (XXIII, 28).

## IV. Qué es la oración para la Madre Mariana

Una vez que hemos hablado de las alusiones que hace la Madre Mariana de San José a la Pasión de Cristo dentro de su experiencia de oración, toca el turno de hablar de lo que era la oración para la Madre Mariana. Las imágenes y las reflexiones que nos ofrece son sumamente gráficas y nos muestran la madurez espiritual que había en su propia alma.

### A. Acompañar a Cristo

De este modo, una primera descripción de lo que es la oración es la de acompañar a Cristo. Ella desde un principio ya lo sabía y lo hacía, pero estas prácticas de juventud son leídas a la luz de la experiencia espiritual, reconociendo con humildad que en un principio ella realizaba este tipo de oración, de acompañar a Cristo, y que posteriormente fue dándose cuenta del gran valor que tiene, aunque exista otro tipo más alto de oración que ella en ese momento no podía entender:

<sup>9</sup> Rom 8, 35.

<sup>10</sup> = penetrada, cubierta, como vestida de.

En acompañar el Santísimo Sacramento hallaba gran consuelo, sin poder pensar más de que estaba en la presencia de Cristo nuestro Señor: que, en muchos años, nunca pude entender que había otra oración más alta que acompañar a Cristo, Señor nuestro; y aunque la tenía, no la entendía (IV, 8).

Esta práctica de oración de acompañar a Cristo se vuelve en ella una costumbre, y cada vez que se recogía en su interior consideraba la Pasión de Cristo para acompañarle en sus dolores y sufrimientos, con la conciencia de que muchos de estos dolores de Cristo eran causados por sus mismos pecados:

Con todo este trabajo que traía me llegaba al Señor, sin cuya compañía ni podía vivir; y aunque con pena, procuraba acompañar a Cristo nuestro Señor en sus trabajos, cuya vista era para mí una saeta que traspasaba mi corazón, mirando que sus dolores eran causados de mis culpas (VI, 5).

Este acompañar a Cristo lleva a la Madre Mariana a vivir en un continuo recogimiento, en el que contemplaba los diversos pasos de la vida de Cristo, procurando evitar conversaciones que la dispersaran y buscando en todo la soledad, para poder contemplar y acompañar a Cristo sin que nadie se lo estorbara. Su recogimiento y contemplación va alcanzando ya unas dimensiones tan especiales, que como dice la misma Madre Mariana, ya casi no parecía un ser humano, una mujer, pues había logrado acallar sus pasiones, en aras de poder contemplar a Cristo, olvidándose de sí misma:

Llegóme el Señor a un olvido de mí y de todas las cosas muy grande, con que traía el alma en una quieta y segura paz, sin poder volver los ojos a cosa que no fuese de este Señor. Cuando hablaban en<sup>11</sup> él estaba contenta, y en tratando de otras cosas no podía sufrirlo; lo que hacía era ponerme luego en la presencia de Cristo nuestro Señor, mirándole en el paso que aquel día había meditado. Con esta vida andaba mi alma harto recogida, y tan sin pasiones que no parecía mujer. Adondequiera era soledad para mí, aunque siempre estaba con ansia de ella (IV, 32).

De este texto podemos ver algunas de las condiciones para la oración según la Madre Mariana. La primera de ellas es el olvido de la propia persona, el abandono de todas las inquietudes y afanes en las manos de Dios.

En segundo lugar es el recogimiento, que lleva a evitar todo aquello que aparta de Dios y a buscar por el contrario todo aquello que pueda encender al alma en el amor de Dios. Se trata de un recogimiento continuo que se convierte en un ejercicio en el que la persona se pone continuamente en la presencia de Dios y concentra toda su atención en la persona de Cristo, particularmente en los diversos pasos y momentos de su Pasión, buscando la identificación de sentimientos, la imitación de las virtudes, la simple contemplación amorosa de las escenas mismas de la Pasión de Cristo. Para todo ello

<sup>11</sup> Expresión antigua = *de*.

hace falta la soledad, el alejamiento del ruido y de las dispersiones, el huir de las multitudes, para en la soledad poder buscar a Dios. Por ello es que la Madre Mariana señala con claridad que tenía ansia y grandes deseos de soledad.

## **B. La presencia continua de Cristo**

### **1. “TRAÍALE SIEMPRE A MI LADO CON UN SEMBLANTE TAN AMOROSO...”**

La oración de la Madre Mariana se convierte en una oración continua, ininterrumpida por la profunda vivencia que tenía de la presencia de Cristo. De este modo ella reconoce que Dios le ha concedido este don: el de vivir la presencia continua de Cristo, de tal modo que ella, hiciera lo que hiciera, era capaz de contemplar a Cristo a su lado, y esta contemplación de Cristo y de su amor por ella misma hacía que su corazón se deshiciese en amor y que esta contemplación se convirtiera en una oración continua que le impedía concentrarse en otras cosas. Cabe señalar también la discreción de Madre Mariana, que sabe disimular este gran don de Dios para que no fuera notado por sus hermanas:

(...) mas, como el infinito amor suyo no sufre dilación en comunicarse a los que le buscan, sufriendo estos atrevimientos míos se manifestaba a esta alma por diferentes modos. El más ordinario era la presencia de Cristo nuestro Señor, que me la volvió su Majestad con muchos efectos con que fortalecía la flaqueza de mi alma. Traíale siempre a mi lado con un semblante tan amoroso que me deshacía el corazón, y andaba tan recogida que no podía asistir a otra cosa, aunque, como he dicho, procuraba siempre disimular estas cosas (VI, 15).

El don tan particular de que gozaba la Madre Mariana de San José de la presencia de Dios y de Cristo, hace que su oración se centre en la contemplación y agradecimiento de este don de Dios, así lo declara Madre Mariana:

Y también me parece queda escrito la presencia de nuestro Señor que traía desde este tiempo, que era el modo de oración ordinario que tenía (XVII, 26).

La misma Madre Mariana llegará a confesar dentro de su *Autobiografía* que la presencia de Dios era, como decíamos, la manera ordinaria de hacer oración. Sin embargo lo que le ayudó a vencer la soberbia fue su propia sencillez e inocencia de pensar que todas su hermanas vivían de igual manera la presencia de Dios y que su experiencia era tan viva, amorosa y contemplativa como la suya, hasta que llegó a descubrir, con la ayuda de los escritos de santa Teresa de Ávila, que el poder vivir con tanta fuerza, vivacidad y realismo la presencia de Dios, es un don y una gran misericordia que Dios hace sólo a aquellas almas que en su infinita misericordia ha querido favorecer. Todo ello se convierte para la Madre Mariana, en primer lugar, en un ele-

mento que la lleva a seguir reconociendo con humildad sus limitaciones y pecados, y por otra parte a agradecer a Dios sus dones inmerecidos:

(...) ni podía olvidar mi miseria, y así la traía tan presente que no podía olvidar-me de que todo lo bueno era de nuestro Señor, en cuya presencia andaba. Esto creía yo que tenían todas, y que sentían a Cristo nuestro Señor tan presente como a mí se me ofrecía en la oración. Con esta simplicidad me guardó el Señor hasta que leí los libros de la santa madre Teresa de Jesús <sup>12</sup>, que en ellos vi era aquélla misericordia particular, que la hacía el Señor a las almas que en particular favorecía (...). (V, 3)

## 2. “PARTICIPANDO EL ALMA DE ESTE BIEN, SE HALLABA DILATADA Y CON GRAN CONSUELO”

Y la Madre Mariana de San José va profundizando en este tipo de oración más elevada, ya que descubre que es un don en el que ella sólo tiene que ponerse en la presencia del Señor para recibirlo, para ser elevada hacia Dios, para permanecer en la contemplación durante largas horas sin cansarse, pues era una experiencia que le esponjaba el alma y le daba un gran consuelo:

Diome un modo de oración más superior, a mi parecer: porque antes hacía yo algo de mi parte, mas en lo que ahora diré no podía yo nada; porque en poniéndome delante de Cristo nuestro Señor le hallaba a mi lado, y de allí me levantaba a un agradecimiento y amor a la bondad de Dios nuestro Señor que, sin poder salir de allí, estaba algunas horas sin cansarme jamás este modo. Descubríaseme el camino tan ancho que, participando el alma de este bien, se hallaba dilatada y con gran consuelo (VIII, 5).

## 3. TENTACIONES DEL DIABLO

No obstante la Madre Mariana también nos recuerda que el demonio intentaba apartarle de este tipo elevado de oración, de este tipo de oración contemplativa, basada fundamentalmente en la vivencia de la presencia de Cristo y en su contemplación viva. Por ello dice que en ocasiones ella misma se resistía a este tipo de oración y prefería la oración vocal, sin darse cuenta del gran bien que perdía, convencida de alguna manera de que el otro tipo de oración contemplativa era perder el tiempo y era una tentación del demonio, siendo que la tentación del demonio radicaba en dejar la oración elevada y hacer oración vocal:

Esto me hacía entender el demonio que era gastar tiempo sin provecho; mas como ya el alma había hecho aprecio de este bien, aunque no se aseguraba, no podía huir de las ma[nos] del Señor, que con fuerza la llevaba. Con todo, como yo era tan ignorante en estas cosas, hacía harta resistencia, no sabiendo el bien

<sup>12</sup> *Vida* 27, 2; *Moradas* IV, 3, 3; VI, 8, 3.

que por aquí perdía. Y así, muchas veces me parecía era mejor rezar vocalmente; y aunque en estas oraciones sentía fuerza, me parecía era tentación para que dejase lo que rezaba (VIII, 5).

Y el demonio también tienta con la desesperación a la Madre Mariana, afirmando que sus esfuerzos, sacrificios y oraciones no servían para nada, pues de todas formas ella se iba a condenar, se iba a ir al infierno. De este modo estando en Eibar, Madre Mariana puede ver al demonio en figura de un hombrecillo que lleva una cuerda en el brazo y que la invita a que se ahorque con la cuerda que lleva, a que termine con su vida, pues no tiene sentido y al final de la misma, de todos modos se iba a condenar. La respuesta de Madre Mariana es firme y convencida: aunque ella pudiera llegar a condenarse, su única finalidad en este mundo y en el venidero, es la de servir y amar a Dios, y de ello quiere hacer el motivo de su vida. Esta tentación nos pone de manifiesto el profundo deseo de Dios y de santidad que había en el alma de Madre Mariana:

Cuando subí de maitines, aquella noche que he dicho que iba tan apretada, me apareció el demonio en forma de un hombrecillo pequeño, con una sogá revuelta al brazo; decíame que para qué me cansaba en tener oración y en mortificarme en nada, porque todo cuanto hacía no valía nada ni era de ningún mérito más de cansarme y molerme, y al cabo me había de ir al infierno; y que, pues esto había de ser, que me ahorcase con aquella sogá. Yo le dije que, si me había de perder, que en cuanto me durase la vida quería darme una buena hartazga de servir a nuestro Señor; que después hiciese su Majestad de mí lo que le diese gusto, que bien merecido le tenía cualquiera castigo que me diese. Con esto, desapareció y me dejó (XIV, 16).

#### 4. ESTAR COLGADA Y PENDIENTE DE LOS OJOS DE JESÚS

La meditación y la contemplación de la presencia de Dios se convierten, pues, para Madre Mariana -particularmente en el momento de su vida en el que está viviendo en Medina del Campo, por lo que se puede ver en la *Autobiografía*-, en su modo ordinario de hacer oración. Como hemos dicho, se trata de una presencia de Dios que es un don particular del mismo Señor, pero que ha implicado en la Madre Mariana una labor de recogimiento, olvido de sí misma, búsqueda de la soledad, meditación y atención en los diversos acontecimientos de la Pasión de Cristo. Este es el camino que ella recorre, movida y sostenida por la gracia de Dios, y que la dispone a recibir el don de la contemplación, de la presencia de Dios. Y de tal modo vive en esta oración continua, en la contemplación de la presencia de Dios, que ella misma señala que la oración era para ella el estar “colgada de los ojos de Jesús”. Es decir no separarse de él en ningún momento, aprender a ver las cosas como el mismo Cristo las ve, saber que su vida depende absolutamente de él y que, en su infinita misericordia y bondad, nunca le faltará la ayuda de la Divina Provi-



dencia a quien realmente vive el misterio de la presencia de Dios en medio de su propia vida:

Fueme nuestro Señor enseñando mucho en este modo de oración, y un estar colgada y pendiente de sus ojos y de su divina providencia (XX, 21).

Cabe resaltar que para la Madre Mariana de San José, una manera concreta de experimentar en la vida de todos los días la presencia de Dios, es la confianza y el abandono en las manos de la Divina Providencia. A lo largo de la *Autobiografía* continuamente habla de ello y de cómo la Divina Providencia nunca la dejó, ni a ella ni a sus monjas, desamparadas. Hay ejemplos llamativos y singulares, como el de la leña que llegó al convento de Medina del Campo, cuando ya no les quedaba más para cocinar, y cómo cuando pudieron tener ya la leña traída desde lejos, desapareció la persona misteriosa que todas las tardes por la tapia les echaba un hato de leña, la necesaria para cocinar la comida del día siguiente<sup>13</sup>. Así pues la Divina Providencia era para la Madre Mariana una prueba excelente de la vivencia de la presencia de Dios y de su amorosa correspondencia e interés por aquellos que le aman.

## 5. CRISTO EN LA EUCARISTÍA

Por otra parte la Madre Mariana, vive también la presencia de Cristo en la Eucaristía de una manera particular. A pesar de que éste no es el tema del presente artículo, quisiera señalar solamente un texto en donde la Madre Mariana habla de cómo con la presencia real sustancial de Cristo en la Eucaristía y en su adoración reverente, se pueden sacar fuerzas para vencer todas las dificultades, y la presencia eucarística es el mejor recordatorio de que el ser humano no recorre su camino de peregrino hacia la ciudad de Dios en solitario, sino acompañado por la fuerza, la gracia y el amor de Dios:

Fue mucha la merced que nuestro Señor me hizo en estos días primeros; tuvimosle los dos descubierto, y en poniéndole quedó mi alma descansada: que, en teniendo el Santísimo Sacramento en casa, me parece a mí no tenemos por qué quejarnos por muchos trabajos que nos vengan, pues de allí nos ha de venir la fortaleza y socorro para todos nuestros aprietos y tribulaciones, y con tal compañía no se puede decir que se llevan a solas (XIX, 6).

Esta presencia de Cristo no la interrumpía la Madre Mariana ni siquiera en los momentos de reposo, pues al momento de acostarse, ella

<sup>13</sup> “Es, pues, que al fin del verano nos faltó la leña hasta quedarnos sin ninguna, y aunque me la habían mandado en no sé qué lugares, no había carros en que traerla por ser tiempo de siega. Duró esto quince días: digo, que en ellos no hallamos carros. Pues todos estos días, sin faltar uno, nos echaban cada tarde por una tapia la leña que bastaba para guisar el día siguiente la comida; esto era entre cinco y seis de la tarde, y yo por mis ojos la vi echar en el corral uno de los días, y nunca pude averiguar quién ni cómo era aquello; y en trayéndonos la leña, nunca más nos la echaron. Como he dicho, de estas cosas nos sucedían algunas”. (XX, 4)

misma mentalmente se colocaba en un lugar en donde con mayor soledad podía encontrar a Cristo para continuar su alabanza, su contemplación amorosa y su oración, de tal manera que en ella se cumplía el deseo de que el descanso nocturno no interrumpiera la oración, y que aun en sueños el alma siguiera contemplando y alabando a Dios. La Madre Mariana buscaba a Cristo en el Huerto de los Olivos, en la popa de la nave en la que Cristo también descansaba, para descansar a su lado, o en el vientre de su madre:

Tenía bien que ofrecer al Señor cuando en el dormitorio era forzoso acostarme presto -por la nota u otros respetos-, y al fin lo hacía ofreciendo a su Majestad el dejarle, mas procuraba tomar el sueño en alguna parte adonde más a solas hallaba a Cristo: o en el huerto, o en la popa de la nave, en el vientre de su Madre o cosas semejantes (VII, 5).

### ***C. Junto al pozo de Samaria***

Otro de los lugares en donde la Madre Mariana hallaba a Jesús era junto al pozo de Samaria en donde Cristo se había sentado y le había pedido a la samaritana que le diera de beber (Jn 4, 6). La Madre Mariana solía encontrar a Cristo en este lugar evangélico cada vez que se sentía, como el mismo Cristo, cansada por las labores y trabajos de la casa. Entonces su oración era la contemplación de Cristo junto al pozo de Samaria, y la misma Madre Mariana hacía las veces de samaritana, pues se sentaba largos ratos a sus pies para adorarlo y estar con él, encontrándolo siempre amoroso y dándole acceso a su propia persona, perdonándole todas las ofensas que ella había cometido y consolándola al darle fuerzas para llevar a cabo los trabajos y las encomiendas que ella debía realizar:

(...) y así, cuando me hallaba cansada era para mí gran consuelo, porque entonces me parecía daba más gusto a su Majestad. Animándome en aquel tiempo, acordábame del cansancio de Cristo, Señor nuestro, cuando llegó al pozo de Samaria<sup>14</sup>: allí le buscaba muchas veces, y paréceme que siempre le hallaba amoroso para mí, dándome entrada para que le acompañase, echada a sus pies, largos ratos. Nunca busqué a este Señor que no le hallase, no sólo sufriendome las ofensas que le había hecho, mas, perdonándomelas, me favorecía y regalaba. Era para mí de gran consuelo el trabajo, porque el Señor daba fuerzas a mi flaqueza (VII, 3).

#### **1. ESTOY ENFERMA DE AMOR (Ct 2, 5)**

Es más, la misma Madre Mariana se quedaba embebida por el agua que la samaritana le pedía a Jesús, pues el mismo fuego del amor de Dios llena

<sup>14</sup> Cf. Jn 4, 6.

de tal manera el corazón de la Madre Mariana que no puede contenerlo, y es preciso que manifieste este amor de muchas maneras, algunas un tanto bizarras, como es la de subir al desván a dar voces, pues como la esposa del *Cantar de los Cantares*, la Madre Mariana estaba “enferma de amor” (Ct 2, 5), y como la misma Madre Mariana señala citando a san Pablo, ya no es ella la que vive, sino que es Cristo quien vive en ella (Gal 2, 20). El fuego del amor de Dios, que es el agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4, 14), el agua que Cristo da, inspiraba dentro del corazón de la Madre Mariana un gran deseo de padecer por él, de proclamar sus grandezas, de verlo a él. Y este fuego tiene tal vehemencia que a la Madre Mariana le parece que en ciertos momentos estuvo a punto de acabar con su vida. Como la misma Madre Mariana señala, ella no comprendía bien de lo que se trataba, hasta que leyó estas mismas experiencias de oración y de encuentro con Dios en santa Teresa:

Quedé desde entonces con un continuo fuego en el alma que del todo me trocó, y así me parecía a mí podía decir: *Iam non ego*, etc.<sup>15</sup>, y lo que dice David: *Cor meum et caro mea*, etc.<sup>16</sup>. Andaba tan abrasada que me subía a los desvanes a dar voces, porque no podía valerme. Entonces entendí que era aquélla el agua que Cristo nuestro Señor dijo a la samaritana<sup>17</sup>, y así me parecía a mí sentía interiormente aquel ímpetu de la agua, y teníalos tan grandes de estas avenidas que, si el Señor no fortaleciera el natural, creo acabara, y me parece que las ansias de padecer y del bien de las almas y de ver a Dios me llegaban a punto de acabar muchas veces. No había yo topado lo que dice la santa madre Teresa de Jesús acerca de esto<sup>18</sup>; después lo leí y me consoló mucho, porque es así como dice (XVI, 9).

## V. Las experiencias extraordinarias de oración

En el presente apartado haré la presentación de aquellas experiencias extraordinarias de oración que vivió la Madre Mariana de San José y que relata dentro de su *Autobiografía*. He dicho anteriormente que el don de la presencia de Dios, con las características tan particulares como lo vivía la Madre Mariana de San José, era un regalo del Señor, y ella así lo consideraba, y no es para menos, pues, como hemos visto, esta presencia de Dios se daba acompañada de una serie de elementos muy especiales. En el presente apartado haré la presentación de aquellas ocasiones extraordinarias de oración que la misma Madre Mariana de San José nos refiere en su *Autobiografía*.

<sup>15</sup> Gal 2, 20.

<sup>16</sup> Sal 83, 3.

<sup>17</sup> Jn 4, 10-14.

<sup>18</sup> *Vida* 30, 19; *Moradas* VI, 11, 5; *Fundaciones* 31, 46.

### A. *Éxtasis leyendo el Kempis*

La Madre Mariana de San José nos relata que ella con una cierta frecuencia salía a la huerta del monasterio a hacer oración, pues en este lugar hallaba la soledad que necesitaba para su recogimiento y oración. De este modo, en una de estas ocasiones en las que salía a la huerta, se puso a meditar un texto del Kempis (*Contemptus mundi*) que hablaba sobre el día de la eternidad. Sin embargo la Madre Mariana no va a poder terminar de leer este punto, pues va a ser arrebatada por el Señor, y en esa unión con Dios ella va a poder disfrutar de los bienes que están reservados para los bienaventurados en la vida eterna, siendo esta misma experiencia las arras y la garantía de que habría de gozar de esta vida para siempre:

En el campo me recogía mucho y mirando el cielo, y así me iba muchas veces a la huerta, que siempre andaba con ansias de soledad. Fui esta vez que diré, y escogí, como muchas veces lo hacía, una parte sola; llevaba en la mano el libro de *Contemptus mundi*<sup>19</sup>, y abriéndole topé con un capítulo<sup>20</sup> que trata del día de la eternidad; a pocos renglones que leí no pude pasar adelante, porque me sentí como arrebatada y fuera de mí. Parecíame estaba mi espíritu hecho una cosa con Dios nuestro Señor, y llevada de un sumo gozo, aunque sin operaciones eficaces, sentía que, deshecha mi alma en el Señor, le daba a gustar de aquellos infinitos bienes que tiene guardados a sus escogidos, y esto parecía se le daba por prenda segura de que había de llegar a gozarlos para siempre (IX, 22-23).

Cabe destacar de esta experiencia mística, en primer lugar, cómo la Madre Mariana es arrastrada o “arrebatada” fuera de sí misma, se da pues un éxtasis. En segundo lugar viene la unión con Dios a través de su propio espíritu, y como fruto de esta unión con Dios. En tercer lugar, la misma Madre Mariana nos señala el profundo gozo que experimentaba. Se trata de un gozo que está más allá de las percepciones sensibles y de una experiencia en la que el alma queda embebida de Dios. La misma Madre Mariana nos refiere que ella había tenido muchas experiencias similares, pero que como no las comunicaba a nadie ni tampoco las entendía mucho, las olvidaba pronto. No obstante esta experiencia de encuentro con Dios va a tener un impacto particular sobre ella, de tal manera que se queda asustada de la misma, y cuando regresa en sí, cuando terminó el éxtasis, estaba con los ojos puestos en el cielo y con un profundo gozo en el corazón. El gozo, la paz y la serenidad serán siempre señales ciertas de la presencia y del paso de Dios por la vida de una persona:

Fue mucho lo que aquí entendí, vi y gocé; mas, como ni comunicaba estas cosas ni las entendía para estimarlas, pasábanseme presto de la memoria. Mas de esta quedé como espantada, y cuando volví me hallé clavados los ojos en el cielo,

<sup>19</sup> Designación habitual de la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis.

<sup>20</sup> L. III, c. 48 o 49.

y tan llena el alma de gozo y tan suspendida en él que, por mucho rato, me parece estuve de esta manera (IX, 22-23)

### **B. “Poseo, gozo y veo”**

La experiencia profunda de oración de la Madre Mariana la lleva a sentir muy vivamente a Dios en su existencia, como esa luz en la que su alma tiene fijos los ojos y en la cual hay mucho por conocer, pero sobre todo por amar. De este modo su oración, ayudada por las vivencias extraordinarias que Dios le concedió, se convierte en una experiencia que adelanta la vida de los bienaventurados en el cielo. Ella puede decir que posee, goza y ve a Dios, de la manera limitada como corresponde a la condición de peregrinos de la ciudad de Dios, pero la misma experiencia de Dios le garantiza que algún día podrá llegar a disfrutar de todo lo que ha pregustado anticipadamente en la oración de una manera plena:

(...) como hay tanto que conocer en el Señor -y que amar-, en cuanto más se engolfaba esta pobre navecilla más bondad se descubría en aquella luz inaccesible, en la cual tenía mi alma fijos los ojos sin poderla perder de vista. Con esto me fue nuestro Señor asegurando en aquellos bienes infinitos que en él gozaba, dándome una posesión segura de sí mismo, con que se me quitaron los deseos de morirme y de verle, porque ya me parecía podía decir con verdad: «Poseo y gozo y veo a Dios», conforme a mi corta capacidad, y ésa en este destierro. (XX, 17)

Y la fuerza de esta oración unitiva con Dios es tal, que la misma visión de contemplación hace casi la fe -como referencia intelectual-, ya no sea ya tan necesaria, pues la fe terminará cuando llegue la visión y la plena posesión de Dios. La Madre Mariana tiene una experiencia tan viva de Dios y el mismo Señor le ha concedido una visión tan clara de su propio misterio, que esta fe para ella ha perdido casi su razón de ser dentro de su organismo sobrenatural, pues como decíamos, el don de Dios la sustituye:

Y así ya no sentía consuelo en decir *Credo in Deum*, y me parecía era palabra excusada en el alma [a la] que ya la fe se le había desaparecido, porque lo que hasta allí había enseñado esta virtud lo gozaba y lo tenía, etc. (XX, 17).

### **C. La experiencia de la gloria**

Otra experiencia extraordinaria que nos refiere la Madre Mariana de San José en su *Autobiografía* es la que el Señor le concedió un día que estaba haciendo oración, posiblemente mientras estaba enferma en la cama. De este modo, en medio de su oración, de nuevo la Madre Mariana es tomada por el mismo Dios y llevada al cielo en medio de los ángeles, de la Bienaventura-

da Virgen y de Jesucristo. Subraya la Madre Mariana que ella no veía nada, elemento que apunta a la experiencia extrasensible, o mística.

También se acentúa la pasividad por parte de quien recibe el don de Dios. Ella no tiene que hacer nada, pues todo lo ve en el Señor. Y finalmente se trata de una experiencia que la llena de paz y de gozo, que nada se la puede robar, nada le puede “hacer ruido” –como señala la misma Madre Mariana–, nada le puede estorbar en el disfrutar esta experiencia. La paz y el gozo son dos características de la experiencia auténtica de Dios:

(...) estando en oración –no me acuerdo si mala en la cama–, me puso su Majestad en el modo de presencia suya que ya tengo puesto en un papel que di a vuestra merced<sup>21</sup>. Parecióme entonces era aquello como si se hubiera abierto el cielo para mí, y, aunque sin ver nada, me hallé entre los bienaventurados ángeles y santos, y junto a la Virgen nuestra Señora y a su santísimo Hijo, sin que me costase cuidado ni atención mía, porque todo aquello lo veía en nuestro Señor, con un gozo tan pacífico y seguro que nada me hacía ruido. Ya vuestra merced sabe que esto es conforme a mi flaqueza: que la esencia de la gloria de Dios bien sé que no merezco yo verla, en vida ni en muerte (XXV, 8).

Esta experiencia extraordinaria de Dios y de la vida de los bienaventurados va a dejar a Madre Mariana postrada físicamente, elemento que le ayuda a seguir degustando y saboreando el don recibido de Dios, sin tener que distraerse con palabras. Las hermanas pensaban que ella estaba enferma y que padecía fiebres, sin embargo ella no se daba cuenta de esto, pues seguía todavía arrobada por lo que había experimentado de Dios. Como la misma Madre Mariana señala, se trata de una experiencia que se repitió en varias ocasiones durante un tiempo:

Era grande la gloria que sentía, y por más de quince días no pude levantarme de la cama; no sabía yo si estaba en mí o fuera de mí, ni me parecía mi cuerpo más que un poco de lana sin tomo<sup>22</sup>. Estaba tan suspendida que casi no podía hablar a propósito de lo que me decían, porque no podía tener cuidado de más de lo en que estaba. Decían tenía grandes calenturas, mas yo no me parece que las sentía: con esto encubrió el Señor la incapacidad que tenía [entonces] para hablar con las criaturas. Fuéronme faltando las fuerzas y pulsos mucho, y esto me ha durado todo el tiempo que vuestra merced sabe, así esto como el modo de oración (XXV, 9).

La postración física se dará en otras ocasiones y en otras experiencias místicas de la Madre Mariana, en donde ella reconoce que la vehemencia de la experiencia de Dios es tal, que la vida parece palidecer y casi huir ante la fuerza con la que se vive el encuentro con Dios. Por eso el mismo Dios es el

<sup>21</sup> Cf. *Cuentas* XI y XII (Docum. 12 y 13), n. 1 (ambas, por entero, parecen corresponder a lo que aquí se narra).

<sup>22</sup> = bulto, masa.

que tiene que poner un límite, para evitar que el cuerpo verdaderamente muera:

Es grande la fuerza con que este gozo despedaza y quebranta la naturaleza, y así me he visto yo muchas veces en término de acabar, y realmente sentía írseme quitando la vida. Y es tan misericordioso este Señor que él mismo pone medida en esto, y cuando ya me aprieta mucho, me dice: «¡Basta, hija!», con palabras ternísimas que no son para escritas (XXV, 18).

Esta experiencia de haber participado en el cielo con los ángeles, la Santísima Virgen y Jesucristo, como lo reconoce la Madre Mariana de San José, fue una de las más grandes o la más grande experiencia mística que le concedió el Señor –según el relato de la *Autobiografía*–, por lo que ella podía tener la certeza de participar en la asamblea celestial de los santos, además de que en cualquier momento, el mismo Señor la arrobaba para manifestarle bien fuera estas realidades escatológicas, o bien otras. Lo singular es que el don de Dios lo vive la Madre Mariana de una manera serena y como algo que forma parte ya de su vida:

Esta merced, que dejo comenzada a decir, me parece que ha sido de las mayores que me ha hecho, si no es la mayor: porque desde entonces no me falta una certeza grande de que estoy en aquella santa y amable congregación, y sin dificultad –estando a solas y con compañía– me recoge el Señor, con otras cosas que creo están escritas en el papel que dejo dicho (XXV, 12).

#### ***D. Éxtasis en la celda, visión de luz***

Otra de las experiencias extraordinarias que nos narra la Madre Mariana de San José en su *Autobiografía* es lo que le sucedió una noche en su celda mientras estaba en Medina del Campo. Ahí, después de haber dormido un momento, pudo contemplar que su habitación estaba iluminada por una luz muy radiante, y que junto a su cama estaba el mismo Cristo, cuya luz resplandeciente y hermosa era la que hacía que la habitación estuviera llena de luz:

Con esto quedé contenta, y cuando dieron las doce de la noche me dormí un breve rato; y despertando, vi que estaba la celda llena de luz, y tan clara que me veía yo y todo lo que en ella había. Esta luz encendía más mi alma, conque a mi parecer lo estaba mucho. Yo no podía valerme, ni parecía que cabía en mí de gozo y alegría, sin saber de qué; mas dentro de poco rato vi junto a la cama a Cristo nuestro Señor glorioso, y tan resplandeciente que el sol me parece son unas espesas tinieblas en comparación de aquella luz. Es luz que, mirándola, no sólo [no] da pena, mas fortalece el alma y dale no sé qué ser de gloria que no se puede decir (XVI, 2).

De nuevo en esta experiencia mística de la Madre Mariana aparece, en primer lugar, la incapacidad de la persona de hacer nada, pues se en-

cuentra toda ella embebida por el misterio de Dios. En segundo lugar aparece el gozo y la alegría, signos de la presencia de Dios, y finalmente la presencia del mismo Cristo que fortalece al alma con su propia luz, más que deslumbrarla, pues el alma de la Madre Mariana tiene los ojos puros para poder contemplar esa luz. Y el mismo Cristo aparece con toda su belleza y su gloria delante de la Madre Mariana, quien contempla extasiada esa manifestación de su grandeza y esplendor, que son tales que la misma Madre Mariana reconoce que son inefables, es decir que no existe ningún lenguaje humano que pueda describir lo que es esa belleza y majestad de Cristo:

Estaba Cristo nuestro Señor hermosísimo sobre todo lo criado. Salían de su cuerpo unos rayos muy resplandecientes, y de su rostro una luz serena y agradable; mas, sobre todo, le salía del pecho una luz más pura y divina que toda la otra, tan endiosada que se veía ser aquella su divina esencia. Era aquello un ser y bien infinito, una sustancia purísima adonde está encerrada la que, con verdad, sola se llama gloria. Allí vi cómo es verdad lo que decía el glorioso san Francisco: *Deus meus et omnia*<sup>23</sup>, y que todas las cosas nos las dio el Padre en su Hijo. Entendí aquellas palabras de san Juan, que dicen: *Vidimus gloriam eius, gloriam quasi Unigeniti a Patre*<sup>24</sup>, con una majestad tan indecible que conocí bien ser imposible decirla, ni tener lenguaje los más altos serafines para declararnos aquel infinito bien de la divinidad, y cómo nadie le entendió sino Cristo, Señor nuestro (XVI, 3).

Y el efecto del encuentro místico con Cristo se graba en el alma como el sello en la cera, pues la propia luz de Cristo llena y ensancha el alma que la contempla como lo expresa la misma Madre Mariana. Lo mismo sucede con la segunda imagen propuesta, la gota de vino en un mar infinito. Se trata de imágenes que los místicos utilizan con frecuencia<sup>25</sup> para expresar cómo la experiencia de Dios de tal manera les penetra y empapa, que se encuentran totalmente inundados por ella:

Pues, como he dicho, estábase mi Señor dulcísimo jun[to] a la cama, y con aquella luz que le salía del pecho henchía todo el mío y mi alma de aquel bien, el cual me parecía quedaba tan impreso en ella y tan empapada como el sello cuando se imprime en la cera, y como si se echase una gota de vino en un mar infinito (XVI, 4).

<sup>23</sup> Cf. *Floreillas* c. 2 (texto latino).

<sup>24</sup> Jn 1, 14.

<sup>25</sup> Jan van Ruusbroec se refiere al misterio de Dios como un mar infinito en varios lugares de su obra, particularmente en *Dat rijcke der ghelieven* (El Reino de los amantes), donde dice: “Así, él contempla a las personas buenas y a los santos en el mundo eterno: cómo están colmados de los dones divinos de gracia y gloria, y cómo Dios se está dando y fluyendo hacia fuera como un mar proceloso con incomprendible gozo hacia todos aquellos que están listos para recibirlo, y de nuevo fluyendo y arrasando hacia dentro del mar proceloso de su unidad”. *Dat rijcke der ghelieven*, Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis, 104;(Opera Omnia, 4), Turnhout, Brepols, 2002, 1190-1194.



El diálogo que se da entre Cristo y la Madre Mariana no puede ser más dulce. Cristo mismo le dice a la Madre Mariana que le pida lo que quiera, y ella lo único que pide es tenerle a él. Y ante la insistencia del mismo Cristo, la Madre Mariana, que sabe que no necesita nada si lo tiene a él, le pide las virtudes de la humildad y del amor perfecto, recibiendo la promesa de que se las concederá, y a la vez hablándole el mismo Cristo muchas palabras tiernas y cariñosas del Cantar de los Cantares, particularmente la de “levántate amiga, amada mía y ven” (Ct 2,10):

Decíame este Señor que le pidiese todo lo que quisiese, que todo me lo concedería, mas yo no podía pedirle más de a él mismo. Mas volvía algunas veces a mandarme que le pidiese algo en particular, que mirase que era tiempo oportuno para concedérmelo: mas a mí me parecía que, teniéndole yo a él, no había menester nada. Mas dándome el Señor deseos de estas dos virtudes comencé a pedírselas, que son humildad y amor perfecto: por éstas instaba yo mucho, y parecíame que me las concedía este amoroso Emperador, diciéndome que me las daría. Decíame muchas palabras de amor, y en particular aquellas de la esposa: *Surge, prospera, amica mea, etc.*<sup>26</sup> (XVI, 5).

### ***E. La luz que la acompaña***

Otra experiencia extraordinaria narrada dentro de la *Autobiografía* es la de la luz que la acompañó durante varios días mientras permanecía en el monasterio de Medina del Campo. De este modo sabemos por el relato de la Madre Mariana que después de haber estado haciendo oración, salió de este momento de encuentro con Dios acompañada de una luz que le daba a la Madre Mariana un gran consuelo, y hacía que su mente y su alma estuvieran puestas en Dios, de tal manera que no pudiera “divertirse”, es decir de forma que no pudiera distraerse de esa presencia y amor de Dios:

Hízome nuestro Señor muy grandes misericordias en aquella casa. Y entre ellas fue que un día, después de haber tenido oración –no me acuerdo en qué–, salí de ella cercada de una luz muy clara, y era la gloria y consuelo que sentía muy extraordinario. No veía yo esta luz de manera que sepa decir cómo, mas traíame tan suspendida que no podía divertirme a nada; y me costaba trabajo haber de asistir a los negocios y gobierno de la casa, aunque eran con mayor fuerza estos efectos que otras veces.

La experiencia le va a durar más de seis o siete días, a lo largo de los cuales se vuelven a dar las características del verdadero encuentro con Dios, como son el gozo y la paz, así como un sentido de la relatividad y caducidad de todas las cosas, en las que no merece la pena poner el corazón, sino sólo

<sup>26</sup> Ct 2, 10.

en Dios, porque nada puede llenar el corazón del hombre fuera de Dios mismo, como diría san Agustín, “nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”<sup>27</sup>.

Finalmente la Madre Mariana reconoce que los dones de Dios han ido creciendo en ella. Es verdad que gozaba de estos dones de Dios desde que estaba en Éibar, pero desde que se dieron las visiones de Cristo, estos dones fueron creciendo cada vez más:

Esta luz y compañía traje en este modo –creo fueron más de seis o siete días–, y un gozo pacífico en el alma, con que me parecía andaba en pies ajenos y traía debajo de los míos todas las cosas del mundo y a todas las criaturas, aunque por ser criadas por las manos y palabra del Señor las estimaba, mas para poner yo mi amor en ellas no me parecía que tenían ser ninguno. Con esto vine a cobrar un señorío en el alma grande; tenía asentada en ella la verdad de que todo lo que no es Dios no es nada, ni puede hartar ni henchir nuestra alma, que fue criada para amarle y gozarle. Paréceme que fueron creciendo estos efectos, aunque desde Éibar los tenía, y en particular des[de] que vi a Cristo, nuestro bien, glorioso; éstos han durado por la misericordia de nuestro Señor, y duran (XIX, 9-10).

## VI. María maestra de oración

Después de haber hablado de las experiencias extraordinarias que Dios le concedió a la Madre Mariana de San José en la oración, tal y como ella las refiere dentro de su *Autobiografía*, corresponde hacer ahora la presentación del papel que la Santísima Virgen María juega dentro de la espiritualidad de la Madre Mariana de San José, de una forma particular en relación con la oración. De esta manera en los inicios de su vida espiritual y de oración, la Madre Mariana toma a la Virgen María como maestra de oración. Ya que en aquellos momentos la oración de la Madre Mariana tenía como centro principal la meditación de la pasión de Cristo, y ella en muchas ocasiones se colocaba al lado de la cruz, al tomar a la Virgen María como maestra de oración, le pedía que le concediera participar de sus dolores, angustias y sufrimientos al pie de la cruz. De este modo, la Madre Mariana de San José nos comenta que la Virgen le concedió aquello que pedía, compartiendo con ella sus angustias y su soledad, al pie del árbol de la cruz, y haciendo de su oración no sólo un acompañar a Jesús, sino también un acompañar a María:

(...) porque tomaba por maestra a la Virgen nuestra Señora, y con mi ignorancia me atrevía a suplicarla me diese parte de sus trabajos y de lo que padecía debajo de aquel árbol divino, adonde hallaba yo descanso. Algunas veces pare-

<sup>27</sup> Conf. 1, 1: CCL 27, 1/6.

cía que esta Señora se movía con mi sinceridad a favorecerme, y así me daba grandes sentimientos de lo que allí había pasado de angustias y soledad, así en la muerte de su santísimo Hijo como después que le sepultó, que en este paso hallaba yo gran consuelo de espíritu; dábame en él el Señor afectos de agradecimiento, viendo cómo, por mi bien, se dejaba sepultar entre los muertos y que le contasen entre ellos: en esta consideración, y acompañando a la Virgen en su soledad, gastaba muchos ratos (IV. 1).

Más adelante, estando ya en Medina del Campo, es Cristo mismo quien le da como maestra de oración a su propia madre, pues la Santísima Virgen siempre lo había visto como a Dios y lo había amado con un amor purísimo y perfectísimo. Del mismo modo, la Virgen María había ido creciendo en virtudes con el paso del tiempo, siendo que al principio de su vida, por ser Inmaculada, tenía estas virtudes en un grado elevadísimo:

Díjome que me daba a esta Señora por maestra de oración, y enseñóme cómo la tenía [ella] con una vista siempre fija en la divina esencia, y que aunque tenía a Cristo en los brazos siempre le miraba como a Dios, con un sumo amor reverencial y perfectísimo, sin que jamás se apagase; y que desde su concepción iba creciendo en virtudes, teniéndolas al principio en un levantadísimo grado.

Por otro lado la Virgen le enseña como maestra de oración, a buscar la oración más elevada, la oración de contemplación, y a aceptar los dones de Dios en la oración, sin pensar, como lo hacía la Madre Mariana en su ignorancia sobre la oración, que era perder el tiempo. María le va a ayudar a la Madre Mariana a vivir la oración y aprovechar el tiempo como más le gusta a Dios:

Desde que me dijo esto nuestro Señor entendí que era más alta oración este modo que he dicho, que antes no me parecía que lo era sino cuando se tenía en la Humanidad de Cristo y cuando había visiones o revelaciones -que tan ignorante era como esto-, y cuando a mí me la daba nuestro Señor me parecía tiempo perdido, como ya he dicho. Desde entonces procuraba entrar en la oración con esta Señora para que me encaminase, enseñándome a gastar aquel tiempo más a gusto de nuestro Señor; y siempre que tomaba este medio me iba bien, sacando provechos conocidos (XVII.9).

La Madre Mariana tuvo también una visión de esta maestra de oración, de la Virgen María, viendo la sutileza de su cuerpo, pues lo describe como de cristal, un cristal purísimo y limpiísimo, así como la unión íntima que tiene con su hijo Jesucristo y cómo ambos son la delicia de la misma Trinidad:

Parecíame era la Virgen, como si dijésemos, de un cuerpo cristalino y muy resplandeciente, sin mancha ni mota ninguna, y que dentro de él estaba el de Cristo, y que por ambos pasaba aquel mar infinito sin hallar impedimento ninguno.

En ambas almas se remiraba la Santísima Trinidad y de ambas se complacía, y eran tan semejantes que podía decir nuestro Señor que había hallado un hombre a la medida de su corazón<sup>28</sup> (XVII.6).

### ***A. La oración de intercesión de los santos***

La Madre Mariana dentro de su *Autobiografía* se da cuenta de la importancia que tiene la intercesión de los santos para conseguir de Dios todo aquello que necesitamos, o más bien todo aquello que Dios bien sabe que nos conviene. Por ello, la Madre Mariana puede ver cómo los santos están en Dios, y de qué manera Dios desea que se le pida por medio de los santos, y cómo es Dios mismo el que mueve al alma para que acuda a la intercesión de los santos para alcanzar los favores que necesita de Dios. Por todo ello podemos decir que la Madre Mariana da también importancia a la oración de petición:

Enseñóme cómo estaban los ángeles y bienaventurados en él, y cómo sin divertirme podía pedir sus intercesiones para con su Majestad. Enseñóme cómo para ellos era el mejor modo suplicarle les mostrase que era su gusto que le pidiesen por mí, porque el querer de este Señor era el hacer de ellos; y esto me mostró con una maravillosa correspondencia y luz, con que entendí cómo nuestro Señor era el que movía al alma para que se ayudase de los santos, y a ellos para que le pidiesen, y su Majestad concedía lo que más nos conviene, y cómo lo que se pide con el movimiento que interiormente hace el Espíritu Santo es lo que se nos concede<sup>29</sup> (XX, 21).

Esto lo pudo experimentar de una manera peculiar la Madre Mariana con ocasión del peligro y del temor que ella tuvo de que cerraran la fundación de Medina del Campo, por lo que acudió a santa Teresa de Ávila, y después de haber presentado su súplica empezó a sentir un consuelo grande en su alma, y al mismo tiempo Dios le otorgaba a santa Teresa como abogada, intercesora y compañera en los diversos avatares de su vida:

Estaba en la celda un retrato de la santa madre Teresa de Jesús; comencé a suplicar a nuestro Señor que no permitiese se desbaratase aquella fundación, y pedí a la santa me ayudase con su Majestad para que se hiciese. Al punto se me comenzó a quitar aquella pena y desconfianza, y en su lugar entró en mi alma un consuelo grande y seguridad de que estaba allí el Señor y me daba esperanzas ciertas de que se haría, y muy presto. Díjome con claridad y eficaz senti-

---

<sup>28</sup> Cf. 1 S 13, 14; Hech 13, 22.

<sup>29</sup> Cf. Rom 8, 26-27.

miento que me daba para ayuda y solicitadora<sup>30</sup> en el cielo a esta santa, y que me sería compañera en todo, como lo vería (XXX, 24).

Y la intercesión de santa Teresa de Ávila fue eficaz, pues la fundación de Medina del Campo siguió adelante a pesar de las muchas dificultades que se presentaron.

### ***B. La oración de intercesión por los pecadores***

La Madre Mariana tenía un gran celo por las almas y aquellas que no eran fieles a Dios le causaban un profundo dolor, sobre todo aquellas de las que por su conducta o sus actos se podía dudar de su salvación. De este modo narra la Madre Mariana dentro de su *Autobiografía*, que yendo de camino a Medina del Campo para la nueva fundación, en una venta poco acomodada, alguna persona le contó cómo un clérigo de una orden regular se había pasado a “Ginebra”, es decir a los calvinistas, se había casado, y tenía ya tres hijos. Esta historia le dolió y conmovió tanto a la Madre Mariana, que decidió hacer oración por esta persona:

(...) allí me dijeron de un padre de cierta orden que se había pasado a Ginebra, y que estaba casado y con tres hijos. Fue tan grande la pena que me dio, que no pude estar con los que iban con nosotras: hice que se recogiesen todos y que mi compañera se echase, y yo me puse a una ventana adonde, sin verme nadie, veía yo el cielo. (...). Con esta confianza comencé a suplicarle por aquella alma, que tenía traspasada la mía de dolor, imaginando el peligro grande en que estaba y cuán olvidada de lo que había padecido Cristo, Señor nuestro, por ella; y aunque me parecía que merecía que este Señor la dejase, apretábame tanto la pena que sentía de su perdición que me llegaba a mucho extremo; y como me veía tan pobre para ofrecer nada por su rescate, deshacíame (XVIII, 4).

Movida por este profundo dolor no solo ofrece a Dios por la salvación de esta persona su propia oración, sino también los sufrimientos y penalidades en la fundación de Medina del Campo, dificultades que fueron muchas, como ella misma narra en la *Autobiografía*:

Suplicaba a Cristo, Señor nuestro, que, pues había bajado del cielo a la tierra por aquella alma y había padecido tan grandes trabajos y tormentos, que no la dejase perder. Ofrecíame yo a padecer eternamente por alcanzar que no se perdiese, y así me determiné a que todo lo que hiciese y trabajase en aquella fundación de Medina fuese por esta persona (XVIII, 5).

A fin de cuentas, las oraciones, los sacrificios y dificultades ofrecidas dieron su fruto, pues exactamente un año después de haber comenzado a ha-

<sup>30</sup> = intercesora. Solicitador = apoderado, el que gestiona un asunto en nombre ajeno, y es oficio público en las chancillerías y consejos (Cov.).

cer oración por él, la Madre Mariana supo de la conversión de dicho clérigo y de cómo había acudido a Roma para suplicar el perdón al Romano Pontífice, y que después de haber cumplido la penitencia que le fue impuesta, el hombre había muerto santamente, dando con ello una inmensa alegría a la Madre Mariana:

y como las que entraron en Medina eran tan buenas y padecieron allí tanto, alcanzaron -creo yo- con sus oraciones la conversión de esta alma: que puntualmente al año adelante, y el mismo día de la Ascensión, supe cómo este padre se había ido a los pies del Padre Santo, y confesando su pecado le dio penitencia, y al cabo de no sé qué meses que la hizo asperísima murió con gran edificación de santidad y buena vida en Roma, que fueron unas nuevas para mí de grande gozo y consuelo (XVIII, 5).

## VII. Imágenes para hablar de la oración

Dentro de la *Autobiografía* la Madre Mariana utiliza algunas imágenes para hablar de la oración y para explicar cómo hace ella la oración.

### A. *La navecilla sin remos*

La primera imagen que nos ofrece la *Autobiografía* es la que la Madre Mariana usa para responder a la pregunta de fray Lorenzo de Aponte (1575-1639) de los clérigos menores, sobre cómo hacía la oración. Ella responde diciendo que ella se sentía en la oración como una navecilla que no tiene remos, es decir que no puede hacer nada para navegar, no tiene medios para avanzar, pero que está en medio de un mar tranquilo, llevada por un viento apacible y con una marea que la llenaba de gozo y consuelo, pues todo su empeño y deseo era el de amar a Dios. Estas son las palabras de la Madre Mariana:

No sabía yo dar lenguaje a lo que sentía, y así no hallé otro para darme a entender, mas de que me parecía andaba yo como una navecilla sin remos, la cual se iba por un infinito mar, llevada con un viento próspero, seguro y apacible... y que esta marea me traía llena de gozo y consuelo, dispuesta a todo acacimientto, sin que me turbase lo adverso ni me alborotase lo próspero; que sólo deseaba amar a Dios nuestro Señor: que para esto me diese traza y remedio. En suma, fue esto lo que le dije (XX, 13).

De las palabras de la Madre Mariana podemos ver cómo ella se refiere al misterio de Dios como un mar infinito, en donde ella navega con un viento próspero y una marea que produce gozo y consuelo, con lo que esta nave vive sin sobresaltos ni ante las cosas buenas, ni ante las cosas malas, vi-

viendo en una santa indiferencia pues su meta y objetivo era sólo el de amar a Dios.

### ***B. Zambullirse en el mar de Dios***

Continuando con esta imagen del mar, la Madre Mariana de San José se refiere a la oración como un ejercicio de zambullirse y hundirse dentro del mar infinito que es Dios, dejándose del todo en las manos del Señor, pues él conoce nuestros afectos y necesidades, con un infinito abandono en él:

También entendí cómo están patentes al Señor todas nuestras necesidades<sup>31</sup>, deseos y afectos, y toda nuestra alma: que fue lo que me hizo dejarme del todo en sus manos, y tener siempre la oración poniéndome en su presencia, dejando todas mis trazas y modos y sólo puesta a las corrientes de su dulcísimo amor, en cuya inmensidad me zambullía y hundía, trayéndome desaparecida, sin ver más que a este Señor (XX, 21).

La oración, según esta imagen de la Madre Mariana sería, en primer lugar, una toma de conciencia plena de lo patente que está nuestra vida ante los ojos de Dios, como una invitación, por una parte, a la *confessio* de la grandeza de Dios y de su omnipotencia, así como a un reconocimiento de los propios pecados y limitaciones. En segundo lugar, después de esta toma de conciencia tanto de quien ora como de aquel a quien se presenta la oración, vendría el abandono absoluto en las manos de Dios, poniéndose la persona en la presencia de Dios, dejando todos los afanes e incluso pensamientos. En tercer lugar vendría el colocarse con corazón bien dispuesto a las corrientes del amor de Dios, para que sean ellas las que nos lleven y nos comuniquen el mensaje de Dios. En cuarto lugar estaría el dar el salto de no sólo escuchar y sentir la voz de Dios, sino de zambullirse y de dejarse empapar por el misterio, teniendo una experiencia viva de Dios, en donde el propio yo disminuya y el tú de Dios crezca, pues “conviene que Él crezca y que yo disminuya” (Jn 3, 30).

### **Conclusión**

A lo largo de las páginas anteriores he intentado hacer un acercamiento al tema de la oración tal y como aparece dentro de la *Autobiografía* de la Madre Mariana de san José. Como decía al principio, he procurado acotar el tema, pues se trata de una cuestión vasta y que tiene muchas implicaciones. De este modo al ceñirme a la *Autobiografía*, se puede obtener un esbozo de lo que significaba la oración para la Madre Mariana. En primer lugar es preciso decir que uno de los temas de reflexión y meditación

<sup>31</sup> Cf. Mt 6, 8.

que centraban la oración de la Madre Mariana era la Pasión de Cristo, y que la reflexión de sus diversos momentos la fue acercando cada vez más a Dios e identificándola con Jesucristo. Así, la Madre Mariana llevaba siempre consigo un crucifijo con el que, cuando podía, hacía oración. Las experiencias místicas de la sangre de Cristo nos hablan de esto, así como de la corriente vehemente de amor que en la oración se establecía entre el crucificado y la Madre Mariana. Junto con la Pasión, la Madre Mariana de San José vive con una gran profundidad la presencia de Dios. Se trata de una presencia de Dios marcada por el mismo don del Señor, pues no sólo renovaba continuamente la conciencia de estar en la presencia de Dios, sino que podía contemplar visiblemente al mismo Señor, y en esta visión, en ocasiones, podía conversar con él, para ofrecerle su propio corazón como refugio, para aceptar el sufrir por él, para manifestarle profundamente su amor.

Juntamente con los dones de Dios que la Madre Mariana recibía de la presencia de Dios y que se convertía en su manera ordinaria de hacer oración, la Madre Mariana gozó en su vida de unos dones extraordinarios de parte de Dios en lo que respecta a la oración. De este modo, pudo contemplar en éxtasis la gloria del cielo y experimentar el gozo y la paz de los bienaventurados, como una garantía de lo que algún día después de su peregrinación gozaría con Dios en el cielo. Si bien es cierto que estas experiencias de Dios eran sumamente vivas y eran momentos de arrebatamiento espiritual y de don completo de Dios, al terminar las mismas su cuerpo quedaba muy maltrecho y necesitaba tiempo para, por una parte, asimilar el don tan extraordinario que le había sido concedido, y por otra parte darse cuenta de que estas experiencias no sólo purificaban su corazón, sino que le ayudaban para que su caridad fraterna aumentara, dejándole siempre un poso de alegría y de paz, garantes de la autenticidad de su experiencia.

Por otro lado hemos podido ver que para la Madre Mariana la oración es un acompañar a Cristo, bien sea con la presencia eucarística del Señor, o sin ella. Por esta razón, será Maestra de oración la Santísima Virgen María, no sólo porque la Madre Mariana quiera y le pida compartir sus dolores al pie de la cruz, sino también por su saber acompañar y estar cerca de Jesús. En la oración la Madre Mariana da mucha importancia a la oración de petición, y junto con ella a la intercesión de los santos por medio de los cuales se pueden obtener muchas bendiciones de parte de Dios. Finalmente hemos podido ver algunas de las imágenes que la Madre Mariana utiliza para hablar de la oración, y es de particular importancia y belleza la de la barca sin remos que se deja llevar por el viento apacible y por las mareas de gozo y paz, abandonándose al amor de Dios.

La oración fue pues para la Madre Mariana un elemento esencial de su vida pues, como agustina recoleta procuraba estar todo el día recogida



(recoleta) para estar atenta a la presencia de Dios, o dejarse arrastrar por el mismo Dios cuando le llegaban los arrobos místicos. Sin embargo el eje de su oración fue siempre el crucificado. Por ello es muy justo que encima de la tumba de la Madre Mariana de San José en el madrileño monasterio de agustinas recoletas de la Encarnación, haya un hermoso Cristo traído de México en el siglo xvi, hecho con pasta de maíz (pasta de olote). Este Cristo nos recuerda no sólo el gran amor de la Madre Mariana al crucificado, sino también cómo la cruz fue el eje y centro de su vida y su oración.

Enrique A. EGUIARTE B.  
Roma